LOS DIOSES DE FEDERICO

POR

MANUEL FERNANDEZ-GALIANO

—¿Dónde está Grecia, Federico?

Allá arriba, en el desvaído mapa escolar, medio asfixiada por la mancha ocre de Austria-Hungría y la mancha morada del turco. Un retazo azul en que se hacina, al pie de las oscuras montañas, una serie de nombres evocadores. Corinto, Patras, Epidauro... Quisiera uno perder para siempre su mirada en esta mágica retahíla: que los ojos negros del adolescente ansioso de vivencias perforaran el denso muro del misterio. Aquí no se sabe casi nada de Grecia. Tal vez el catedrático de Economía sea capaz de decir algo nuevo, más o menos pedantescamente aderezado, en el florido salón de doña Rosita sobre la *polis* viviente que Europa quiere ser hoy. Granada es otra cosa. A Granada llegan libros, periódicos, conferenciantes. Por cuatro perras se puede comprar a Homero pasado por Leconte de Lisle. Galicismos, faltas de traducción, supresiones *ad usum Delphini*. Hay que barrer de un manotazo todo ese polvo deformador. Si leemos con fe, con mente limpia y amorosa, se nos aparecerá muy al fondo, no desfigurado del todo por tan zafias vestimentas, el noble viejo de Quíos, rapsoda del pueblo, ciego como Juan Breva, aquel cantaor de lo jondo cuya voz tenía

algo de mar sin luz
y naranja exprimida.

Es como un arrebatador libro de estampas. Por aquí sale Tetis cantando de las aguas límpidas mientras,

seda en tambor, el mar queda tirante

y mudo ante la voz divina. Por allí caminan lentos y amenazadores, bordeando el volcán con torpe paso, los cíclopes. Uno de ellos, un poco retrasado, mira torvamente, monstruosa guitarra, al extasiado lector con su único ojo verde. Es Polifemo, el patético gigante loco por Galatea. Pero la pastora, tan hermosa y tan dura, prefiere, claro está, al joven Acis. Federico se inmerge en la fábula gongorina un

tanto tocado de dulce vértigo, en su aún incierta adolescencia, ante aquella turbadora sexualidad floral:

negras violas, blancos alhelíes
llueven sobre el que Amor quiere que sea
tálamo de Acis y de Galatea.

Y al fondo, el estático frontón de los severos, arcaicos dioses de Homero. Venus se pasea incansable y tentadora por los versos y prosas de Lorca. Es hermoso verla nacer de la salada espuma. El poeta interroga, lleno de melancólico amor, al mar aún fatigado.

Pariste a Venus pura
y quedóse tu hondura
virgen y sin dolor.

Misterio de la diosa aparecida, con el cutis de sal, a la luz de la helada luna que abre por primera vez en la arena

blancas pupilas de inocentes conchas.

Venus es blanca, como los impolutos pechos de Santa Lucía. Y la luna también es blanca.

Doña Luna es una Venus.

Pero no, la luna no es Venus. Lo que hace la luna es buscar inútilmente a Venus corriendo tras ella, día y noche, por los remotos senderos de la eclíptica. Todos desean a Venus.

Un perro campesino
quiere comerse a Venus y le ladra.

Porque

la estrella Venus es
la armonía del mundo.

Y, sin Venus, la luna tiene frío. Algunas noches, compadecida de su propio dolor, falta a su cita con los hombres.

Está jugando a la rueda
y ella misma se hace burla.

Otras veces se lamenta, exangüe y sola en la oscuridad:

Me lleva la nieve
sobre su espalda de jaspe
y me anega, dura y fría,
el agua de los estanques.

La luna necesita sangre roja en sus mejillas: sangre de los amantes que van a morir de mala muerte. La luna necesita a Venus. Porque Venus también puede estallar en color y en jugosa savia como su hermana la granada. Y la luna se desangró por amor,

tuvo que desgarrarse su monte de Venus
y ahogar en sangre y ceniza los cementerios antiguos.

Luna-muerte, luna-sangre, luna-sexo, estremecedor trío de ecuaciones religiosas que, como vio insuperablemente Alvarez de Miranda, subyacen a una parte importante de la obra de Lorca.

Mientras tanto, Filomnedes, impasible, sigue brotando todas las noches

entre la espuma casta del mar.

Filomnedes, delicioso disparate. En la boca profana del poeta, el homérico *philommeidés* se ha vestido de extraño ropaje. Diomedes, Ganimedes, Memnón, Dios sabe cuántos fantasmas nostálgicos de una lengua jamás poseída han venido a ayuntarse en conmovedor hibridismo.

Aquí Afrodita no es ya la decorosa Urania de Platón, sino la impúdica Pandemos tan grata al modernismo. *El macho cabrío* pudiera haber nacido, poderosa figura, del cálamo del propio Rubén.

Místico eterno
del infierno
carnal,

encarnación de un viejo sátiro muerto tal vez de amor excesivo. El lujurioso animal es discípulo del padre Pan y viene de un bosque, lleno de reventonas rosas de pasión tan lascivas como la venérea paloma gongorina, donde impera la Venus furiosa y tonante de los grandes huracanes eróticos. Porque las rosas pueden ser dulces inspiradoras de juglares,

tibios «sancta sanctorum» de la eterna poesía,
neápolis grandiosas de todo pensamiento,

o malignas ninfas llenas de apetitos silvestres:

Panidas, sí, Panidas;
el trágico Rubén
así llamó en sus versos
al lánguido Verlaine,
que era rosa sangrienta
y amarilla a la vez.

El formidable Pan, que anduvo por el mar como Cristo. Y los lúbricos faunos del vergel, que acechan, en las aguas podridas del East River, la roja flor de la circuncisión de los judíos. Y Silvano, el viejísimo, traviesamente oculto en las frescas carnes de la gitana Estrella, Danaide del placer. Y los caprinos, barbados sátiros odiados por Whitman. Todo un mundo vicioso y morboso que estremeció a Federico en la figura de la hetaira quitasueños, canéfora de pesadilla erguida, en nombre de miles de años de paganismo, a la puerta de un tugurio del Albaicín.

El poeta, joven todavía, tiembla sin entender. Pero Grecia es vieja y lo ha visto todo y todo lo tolera y todo lo comprende. ¡Quién supiera griego! Un Edipo, un enigmático Edipo de certera pupila sería preciso para guiarle en la penosa búsqueda de un mundo que se le va de entre los dedos. Porque nada le dice el fervor campesino de Hesíodo, demasiado apegado a su terruño beocio. Y ni Sócrates

—¡Pobre y triste es tu fe!—

ni Marco Aurelio

—¡Pobre es tu pensamiento!—

aciertan a explicarle el secreto de esas viejas filósofas del llano que son las cigarras. Queda, sí, el Anacreonte espurio, símbolo para el poeta, como para tantos de su generación, de todo un trasfondo erótico y dionisíaco que hoy se nos antoja puerilmente simplificado. Pero es bello que un día de San Esteban de va a hacer medio siglo hayan podido resonar los ribazos pajizos de Fuente Vaqueros con el himno, pánico él también, de un cantor casi niño:

¡Cigarra,
dichosa tú
que, sobre el lecho de tierra,
mueres borracha de luz!

Y, en tanto, el puente de Córdoba orea y riza el Guadalquivir con diez rumores de Neptuno; y, en el jardín encantado de Soto de Rojas, el poderoso dios marino y la bella Anfitrita lloran lágrimas de cristal sobre los peces cautivos. Minerva presta su ancha luz a la geometría demente de Dalí y alimenta la lámpara perfecta que alumbra en Murcia los poemas de Guillén. Hombre de Apolo es el fabuloso niño de Menton; muslos de Apolo virginal tiene el hermoso anciano Walt Whitman:

un Apolo de hueso borra el cauce inhumano
donde mi sangre teje juncos de primavera...

Pero los dioses salen también a veces de su Olimpo. Los poetas helenísticos les trenzan escalas de oro para que desciendan al mundo sufridor de los mortales. Y Federico saluda en mudo éxtasis al laurel divino de su huerto:

¡Arbol que produces frutos de silencio,
maestro de besos y mago de orquestas,
formado del cuerpo rosado de Dafne
con savia potente de Apolo en tus venas!

También él, el propio cantor, es

cual Dafne varonil que huye miedosa
de un Apolo de sombra y de nostalgia.

Porque, en el temblor virginal de su cuerpo inmóvil, Dafne sufre eternamente, como Atis, por el que

Filomela canta,
humedades de yedras y jacintos,
con una queja en vilo de Sur loco
sobre la flauta fija de la fuente

hasta que se abra en el alma del poeta la llaga de amor

en que Filomela enmudecida
tendrá bosque, dolor y nido blanco.

Y como ese Laoconte salvaje que es la chumbera llena de manos torturadas. Y como la flor del amor que delira al borde del río en que cantan las ranas su sortilegio:

Narciso.
Mi dolor.
Y mi dolor mismo.

Y como la dulce sirenita —porque las sirenas existen, los capitanes de los submarinos las han visto pasar en bandadas fugacísimas y fosforescentes— que muere en la playa

—barcas y gallos abren alas de pluma y lino—

fusilada por el feroz carabinero.

Padecen los dioses en sus andanzas terrenas. Sólo el puro azul del cielo los redime. Federico alza una y otra vez sus ojos al rotundo,

centelleante planetario de la sierra granadina. Acaba de huir el día, limadas sus cadenas por el Perseo crepuscular.

La Penélope inmensa de la luz
teje una noche clara.

El cielo palpita con el ir y venir de misteriosos seres. Los veloces mosquitos, Pegasos del rocío. El desbocado caballo con alas que no pudo domar Belerofontes discurre por muchas páginas de la obra lorquiana. A los niños, grandes arquitectos de mitos, se les aparece a lomos de Pegaso la misteriosa ella que coge los claveles y las rosas de mayo y se les antoja caballito alado el pobre burro de papel. El chopo muerto guarda en su tronco seco el semen sin futuro de Pegaso. El hombre, débil criatura frustrada, es desnudo Pegaso sin alas. En los desvanes de su anteayer yacen, derribados Pegasos sin freno, las ideas moribundas que fueron meta engañosa.

Galopa Pegaso. Trota el centauro, cantando en las orillas de la noche su canción deliciosa. Se recorta sobre el acantilado la tropa bruja de los unicornios. Celeste, misteriosa caballería.

Más cerca,
ya parecen astrónomos.
Fantásticos Merlines...

En su cónico cuerno único duerme la terrible eficacia del animal virgen que llora la ausencia eterna de don Pedro y quiere lo que la rosa olvida. Animal de silencio y noche. Porque la luna también sabe, unicornio gris y verde, clavar en el mar su largo cuerno de luz lechosa.

Gira el inmenso zodíaco, divina plaza rondeña para las jacas del cielo. Allá arriba, blanco y lejano, Júpiter. A Federico le atrae el rey de la noche invernal. Una vez, el pequeño Claudio Guillén habla de unos suburbiales desmontes de Valladolid donde meriendan los borrachos. Años después, el poeta recuerda la frase infantil en los barrios bajos de Nueva York, donde los terribles beodos de Brooklyn pisan niños desnudos ante la indiferente mirada de Diana-Luna,

convexa resonancia donde la abeja se vuelve loca.

La vaca herida, la vaca de ceniza,

se fue balando
por el derribo de los cielos yertos
donde meriendan muerte los borrachos.

Porque Nueva York embelesa y asusta, paraliza y vivifica a un tiempo. Se siente uno aterido y extraviado, a la fría luz de los astros,

por los blancos derribos de Júpiter donde meriendan muerte los borrachos.

Blanca luz jupiterina. Gris luz saturnina. Perdido en el laberinto de biombos, el poeta quería llorar

cuando Saturno detuvo los trenes
y la bruma y el Sueño y la muerte me estaban buscando.

Federico se sabe de memoria toda la redonda, complicada topografía del cielo. Capricornio pare noches propicias a la verde aceituna del camino de Sevilla; la celeste luna de Cáncer hace brotar sangre furiosa en la ardiente Harlem. Sirio está lleno de niños; Lira baila airosa

en la fingida curva,
blanco inmóvil de inmóvil geometría.

Los vientos son mugidores o silenciosos mensajeros de lo divino. Favonio abanica con dulzura a los peces mudos, pero puede llegar algún día Austro feroz

y, como el aire no hace caso de los gemidos,
tendremos que pacer otra vez las hierbas de los cementerios.

La niña Preciosa sabe bien cómo sopló a su espalda el viento verde, San Cristobalón desnudo, sátiro de estrellas bajas, que, persiguiéndola como una espada caliente, la hizo tirar, despavorida, su gitana luna de pergamino. El autor escribió a Jorge Guillén que *Preciosa y el aire* era un mito inventado por él. Luego Amado Alonso, el inolvidable Amado, descubrió un precedente en la fábula de Bóreas y Oritía, recogida por Ovidio en el libro VI de *Las metamorfosis*. Puede ser coincidencia. Puede ser inconsciente recreación de algo leído. Es igual. Preciosa ha quedado clavada para siempre, ella también, en el más alto cielo de la poesía.

☆

—¿Dónde está Roma, Federico?

Pero es que hay dos Romas. Una es la de los libros. Una Roma de yeso y cartón. Caras blancas y cuerpos obesos. Togas y guirnaldas. Aburridos relatos didácticos. Listas de reyes y de batallas: Rómulo,

Numa Pompilio, Tulio Hostilio... Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas... Federico siente instintiva aversión hacia las monótonas salmodias de los dómines. Más adelante devolverá *La dama boba* a Lope, limpiándola de latinajos y simplezas pedantes. Pero también, cuando viene al caso, sabe ser irrespetuoso con la historia, buscarle las vueltas en audaz pirueta colorista. Dibujar, en la umbría de Lanjarón, una sensacional Cleopatra con dos rasgos y fantasear sobre la narizota de cuatro caras con que, en Pompeya, pintó Picasso a la musa o sobre la mosca de oro que construyó Virgilio para que murieran todas las moscas que envenenaban el aire de Nápoles.

Pero es que hay otra Roma. Federico la ha sentido de pronto en las venas como una ola caliente y eléctrica.

> *Fue por el año 1906. Mi tierra, tierra de agricultores, había sido siempre arañada por los viejos arados de madera, que apenas arañaban la superficie. Y en aquel año, algunos labradores adquirieron los nuevos arados Bravant —el nombre me ha quedado para siempre en el recuerdo—, que habían sido premiados por su eficacia en la Exposición de París del año 1900. Yo, niño curioso, seguía por todo el campo al vigoroso arado de mi casa. Me gustaba ver cómo la enorme púa de acero abría un tajo en la tierra, tajo del que brotaban raíces en lugar de sangre. Una vez, el arado se detuvo. Había tropezado en algo consistente. Un segundo más tarde, la hoja brillante de acero sacaba de la tierra un mosaico romano. Tenía una inscripción que ahora no recuerdo, aunque no sé por qué acude a mi memoria el nombre de los pastores Dafnis y Cloe. Ese mi primer asombro artístico está unido a la tierra. Los nombres de Dafnis y Cloe tienen también sabor a tierra y a amor. Mis primeras emociones están ligadas a la tierra y a los trabajos del campo. Por eso hay en mi vida un complejo agrario, que llamarían los psicoanalistas. Sin este mi amor a la tierra no hubiera podido escribir «Bodas de sangre». Y no hubiera tampoco empezado mi obra próxima, «Yerma». En la tierra encuentro una profunda sugestión de pobreza. Y amo la pobreza por sobre todas las cosas. No la pobreza sórdida y hambrienta, sino la pobreza bienaventurada, simple, humilde, como el pan moreno.*

Es un trozo largo, pero jugosísimo de las declaraciones que hizo a un periodista en 1934. No tiene desperdicio. Podría ser anotado profusamente como una oda de Horacio o un capítulo de Varrón. Preocupación obsesiva por la esterilidad. La mujer del campo que no da hijos —dirá Yerma— es inútil como un manojo de espinos. Esterilidad maldita en la hembra o en la tierra. La tierra, esa ancestral madre terrible que nos da su fruto,

> *el pan nuestro de cada día,*
> *flor de aliso y perenne ternura desgranada,*

como una potente Artemis de Efeso, toda redondos pechos de promisión. Artemis, que, según nos recordó Angel Alvarez de Miranda, es una divinidad lunar relacionada incluso etimológicamente —¿verdad, Ruipérez?— con el oso; y, si Federico ignoraba que en Braurón se disfrazaron antaño de oseznas las doncellas para danzar en honor de la diosa, fue una formidable intuición suya la de ver cómo la sangre emblemática de la recién parida, enseña de gozosa fertilidad,

bailaba lentamente con un oso teñido de cinabrio bajo sus balcones.

Apoteosis nupcial del esposo arado con la esposa tierra. Raíces y rojos terrones, sangre del planeta, brotan tumultuosamente en natalicio júbilo. ¡La sangre, la sangre! Surtidor de sangre del himeneo; arroyos de sangre y de sudor con que fructifican los pobres la campiña.

Y mi sangre sobre el campo
sea rosado y dulce limo
donde claven sus azadas
los cansados campesinos.

Y la tierra.

Es tierra, ¡Dios mío!, tierra lo que vengo buscando.
Embozo de horizonte, latido y sepultura.
Es dolor que se acaba y amor que se consume,
torre de sangre abierta con las manos quemadas.

Y, al pie del arado y de la milagrosa aparición, el eterno niño asombrado ante todo lo que nace o muere.

El niño la mira mira,
el niño la está mirando

y se hace entusiasmado espectador de un nuevo Renacimiento. Porque aquí está surgiendo de la vieja tierra ibérica, de la antiquísima Andalucía de Argantonio, nada menos que Roma. Federico, que no ha podido asomarse apenas a la maravilla del mundo antiguo, se acuerda de Dafnis y Cloe, bellamente enmarcados por don Juan Valera en un paisaje más cordobés que lésbico. La cita es un poco banal: pudo haber pensado en mil lugares clásicos llenos también de vida, muerte y sangre fecundadora. Pero esto hace más meritorio su atisbo. También Lorca, como Miró y Pérez de Ayala, ha sido excepcional en su milagroso olfateo del genio antiguo a partir de unos conocimientos mínimos de literatura e historia de Grecia y Roma.

Pero dejaría de ser el gran poeta que es si no se sirviera de las

musas bailarinas de tiernos pies mojados
en bellas trinidades sobre el jugoso césped

como guías y arúspices en un mundo que no le es familiar. Es que dentro, muy dentro de sí hay algo que le dicta que Andalucía es profundamente romana. Es posible, admirado don Américo, que España sea una creación moderna; que, al asimilarnos petulantemente a Lucano o Teodosio cometamos el mismo infantil desmán que cuando contamos como glorias nuestras de hoy a Santayana o a Ochoa; pero surge en la Roma hispánica un matiz apenas definible que en vano buscaremos en la ubérrima Roma de Francia ni en la abrasada Roma del desierto. Las villas patricias de Itálica, con sus mosaicos y sus fuentes, rodeadas de nutricio olivar; el acueducto de Mérida, con sus sabias cigüeñas medio castellanas ya; las grandes ciudades, ancladas como barcos en el oleaje de los valles y collados, que no llevan nombres de reyes moros ni de santos medievales, sino —Marchena, Lucena, Mairena— del noble y austero Marco, Lucio o Mario que sudó los sudores de la dura colonización: todo esto es Roma, la más pura Roma, pero también prefigura a España y se empapa en su seno de lo español.

Estamos en una tierra permeada toda ella por el jugoso humus de un sustrato infinitamente viejo. Esta es la tierra del toro. Rafael vio gozoso a Europa cautiva en las claras playas de Huelva:

¡Jee, compañero, jee, jee!
¡Un toro azul por el agua!

Aquí tuvo que ser donde dejó Zeus-toro su dulce carga. La fenicia Europa arribaba a la fenicia Cádiz, donde se desmelenaron antaño las niñas cantadas por Marcial y donde están Ignacio Espeleta, hermoso como una tortuga romana y lleno de señorial indolencia, y los Floridas, a los que la gente cree carniceros, pero en realidad son sacerdotes milenarios que siguen sacrificando toros a Gerión.

Efectivamente, ésta es la tierra del toro, símbolo vivo de la fecundidad.

Los maridos son toros,

canta el macho, agitando el cuerno fálico, en la danza final de *Yerma;* y la mujer baila, como las hembras de ciertos insectos en época de celo, su baile armonioso y juguetón en torno a la oscura bestia seminal. En Cnosos saltaban sobre el toro, con el pecho al aire, en ágil

juego titiritero; en Tartesos debió de ser donde por primera vez oficiara un hombre solo en ese auténtico drama religioso que es la corrida.

El torero y su duende. Cuatro duendes distintos, cuatro grandes caminos de la tradición española. El duende judío de Joselito, el duende barroco de Belmonte, el duende gitano de Cagancho. Y Roma, otra vez Roma. El duende romano de Lagartijo, maestro en música pitagórica. Hispania es pasión; pero también es medida. En la meseta infinita, cada chopo solitario es un absorto geómetra de fanegas en redondo, un Pitágoras centenario de la casta llanura.

Lorca no llegó ya a conocer a Lagartijo, pero sí a otro torero de la buena escuela romana, Ignacio Sánchez Mejías, muerto a las cinco de la tarde en una plaza pueblerina.

Como un río de leones
su maravillosa fuerza
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.
Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza...

Sánchez Mejías, maduro, bronceado y cauto como un veterano centurión. O como un viejo guardia civil de los que tuestan sus nucas poderosas al duro sol de Morón o de Ecija. Federico se dejó inédito un romance en que a veces, sin que se supiera bien por qué, los guardias se iban a convertir en centuriones romanos.

Aquí pasó lo de siempre:
han muerto cuatro romanos
y cinco cartagineses.

La Roma urbana de los caseríos y cuarteles frente a la Iberia púnica de los campamentos de gitanos que acampan, bronce y sueño, en el verde olivar. Y, en la procesión de Semana Santa, el mejor tipo de todos aquellos contornos, Pepe el Romano, que, con su casco de purpurina y su lanza de madera, irrumpe como una rubia bocanada de brisa aria en el sofocante mundo matriarcal de la casa de Bernarda Alba.

Tierra viril del toro bravo; tierra femenina de la uva y de la mies. Eterno binomio sacral de Baco y Deméter. Sevilla mezcla en su vino

lo amargo de don Juan
y lo perfecto de Dioniso,

y en la siguiriya de Silverio late un dionisíaco grito degollado, y paradójicamente dionisíaca es la infecunda matriz de la virgen mártir que pudo ser bacante que hubiera danzado coronada de pámpanos verdes.

Andalucía es báquica, con sus vides entrañables y luminosas; pero también cereal. Aún quedan en Málaga andalucísimas matronas que pasean por la playa opulencias calipígeas envueltas en sugeridora retórica de mármol. La monetaria Ceres de las espigas de oro; la muerta Ceres de agosto, que, con su cuerpo abierto por los arados, espera, acribillado su pecho de amapolas y su corazón de cigarras, la anual resurrección litúrgica.

El teatro de Mérida debió de estar presidido por solemne encarnación de la diosa veneranda de la cosecha; o tal vez de la Flora rural de pecho insomne, apto para la cabeza de la víbora, ávida de frutos y limpia de melancolía.

Flora desnuda se sube
por escalerillas de agua.

Estamos, ciertamente, en la Emérita arqueológica, en la noche romana

de torsos yacentes
y estrellas de nariz rota

desde la que

centuriones amarillos
de carne gris desvelada
llegan al cielo sonando
sus armaduras de plata.

La virgen Eulalia, mutilada en el martirio —como Lucía, la doncella siracusana que en tiempos preocupó al poeta—, ha subido al paraíso de los ángeles y serafines. Al principio, Lorca pensaba en un título más largo: *Romance del martirio de la gitana santa Olalla de Mérida.* Otra gitana enfrentada con la fuerza y la norma de Roma.

La fuerza bruta, como la del emperador que duda indeciso entre el pámpano y el cascabel, entre el amor y la crueldad. Y la enorme fuerza atractiva, el irresistible tirón en las entrañas con que Roma no deja nunca de recordarnos quiénes somos. Así, cuando en la asombrosa noche, constelada de luces humanas que no dejan ver las estrellas, el poeta, desde el rascacielos de la Chrysler, con el río verde

a su derecha y el río negro a su izquierda, y muy abajo las avenidas hirvientes de humanidad en que se adivinan

los negros que sacan las escupideras,
los muchachos que tiemblan bajo el terror pálido
de los directores,
las mujeres ahogadas en aceites minerales,
la muchedumbre de martillo, de violín o de nube,

lanza su grito a Roma en busca de amor y paz para que

las ciudades tiemblen como niñas
y rompan las prisiones del aceite y de la música

y para que se medite sobre el misterio de la espiga y se oiga el grito de la parturienta y se crea que Cristo puede dar agua todavía.

Y los dioses de Federico son lejana tropa que huye hacia los viejos libros y las viejas consejas; y apenas se les ve en el horizonte como un solo punto luminoso; y ese punto es ya Dios.

MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO
Guzmán el Bueno, 90
MADRID - 3